



Laura Contreras Martínez, *Fuerzas desconocidas*, 2007, mixta, 24.8 × 34.5 cm.



La abeja en La Colmena

José Gabriel Espínola Reyna

Cállate porque tú ya estás muerto

No podía ser cierto lo que escuchaba doña Refugio. A su esposo lo habían sepultado ayer a las cinco de la tarde, después de la misa de cuerpo presente con todas las bendiciones habidas, celebrada por el párroco del pueblo y cinco curas más de otras parroquias del municipio. Personajes que, entre tantos otros, también fueron beneficiarios de don Margarito Rocha, quien en vida fuera el hombre más rico no sólo de ahí, sino de varios pueblos y rancherías de la región.

No podía ser cierto. Rotundamente. A su velorio asistió gran parte de los habitantes de San Francisco del Recodo, próspero lugar que se desarrolló en mayor medida gracias a los dos ranchos productores de ganado bovino lechero y a la diversidad de negocios: misceláneas, ferreterías, tiendas de ropa y de telas e incluso una empresa de fumigación aérea, con dos avionetas, que en vida poseyera este hombre, padre de ocho hijos, abuelo de diecinueve nietos y bisabuelo de dos pequeños críos de meses.

Hombre piadoso que, a decir de su esposa, sólo tuvo dos vicios —por los cuales ella se quejara eventualmente de la poca atención dirigida hacia su persona—: su devoción por la religión católica, demostrada asistiendo diariamente a la misa de siete de la mañana y a la oración de la vela perpetua, de nueve a once de la noche; y, su otro “defecto”,

pasarse el santo día recorriendo todos y cada uno de sus negocios a fin de no descuidarlos, no obstante que la mayoría ya eran atendidos por sus hijos y por algunos nietos mayores. Actividades todas que realizó escrupulosamente hasta sus 67 años, razón por la cual también era raro encontrarlo en su casa a la hora de la comida. Eso sí, religiosamente siempre desayunaba y merendaba allí, en compañía de su esposa; así que para ella representaba un dolor especial la pérdida de su pareja de toda la vida. Aún no se hacía a la idea de extrañar todos los días a su marido, sobre todo a la hora del almuerzo y de la cena. Y ahora, además, echaría de menos sus ronquidos durante las noches.

No, sencillamente no podía ser verdad. Miles de personas habían presenciado el sepelio de Margarito Rocha. El albañil que cubrió la fosa con ladrillos en la cripta familiar y colocó la losa con el epitafio no dejó de sollozar un solo momento por la pesadumbre que sentía en el último servicio que, con gran respeto y cariño, le ofrecía a su difunto patrón. Tantas y tantas personas que acompañaron el séquito desde la parroquia hasta el panteón, cargando por turnos el pesado ataúd, pues habían solicitado a los familiares que no lo llevaran en carroza, como un acto de mortificación que deseaban ofrendar a quien hizo tanto bien en vida; con la esperanza de pagar de alguna forma, a cual más de todos, los favores recibidos por su bienhechor. Ninguno de ellos podría haberse equivocado.

El presidente municipal mismo y su cabildo formaron parte del cortejo de don Margarito Rocha, a quien, por cierto, también en múltiples ocasiones los dirigentes de los partidos políticos, con oficinas en San Pancho, le rogaron para que fuese su candidato a presidente municipal, diputado y hasta senador. Cargos que él jamás aceptó, argumentando con piadoso ascetismo que la política es la peor enemiga de la santidad y que, además, él no necesitaba de cargos públicos para servir a sus paisanos. Por tal motivo cabe decir que tampoco, jamás de los jamases, invirtió en negocio alguno fuera del municipio que le vio nacer y morir, donde ayer había sido sepultado.

Por eso, ¡no podía ser verdad! El mensajero se identificó como Bernabé Vázquez, quien vivía con su familia en la calle de La Concepción, número ocho, exactamente a tres cuadras del cementerio. Pero, ante la duda y la cara de espanto y consternación de aquella elegante señora aún vestida de negro, el humilde labriego comenzó a intranquilizarse. Un raro escalofrío le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies. Los hijos que habitaban con doña Refugio aquella casa solariega y que acudieron al llamado de la puerta le aseguraban que no podía ser cierto, increpándole a que no se burlara así de ellos, pues su padre había sido inhumado la tarde anterior. Hace apenas unas cuantas horas.

Bernabé Vázquez siempre afirmó no creer en fantasmas o aparecidos, pero esto que le aseguraban los familiares de un difunto y su anterior encuentro con el posible espíritu al salir muy temprano, todavía a oscuras, a barrer la calle de afuera de su casa lo ponían a dudar repentinamente. Había sido tan real. Por otra parte, él desconocía que aquel dilecto personaje había muerto, ya que el día anterior había llegado tarde a su casa, después de tres jornadas de trabajo fuera del pueblo. El difunto mismo le solicitó que, antes de permitirle pedirle el favor, lo tocara, lo cual en aquel momento a Bernabé le había parecido curioso, disparatado inclusive. Ahora lo recordaba y trataba de atar cabos, no sin dejar de sentir un estremecimiento creciente en todo el cuerpo.

Bernabé comenzaba a imaginar que él mismo ya era parte de otro mundo, uno donde sólo los muertos se pueden encontrar. Pero no podía ser. Con notorio sobrecogimiento solicitó ahora a la viuda que lo tocara, que lo pellizcara para ver si estaba vivo. El dolor le comprobó que sí: estaba vivito y casi mudo de la impresión. Languidecía trémulamente. Pero, entonces (su mente luchaba aún con desesperación por asirse de algún rescoldo de coherencia), ¿quién era el otro Margarito Rocha?, ¿quién le había solicitado que acudiera a su casa, junto al Palacio Municipal, para avisar a su esposa que llegaría más tarde?, ¿y por qué le insistió tanto para que “exigiera” a sus familiares que no fueran a extrañarse por su repentino regreso, porque a su llegada les contaría cómo había sucedido todo?

Bernabé Vázquez, quien no era oriundo del pueblo, nunca conoció en persona al difunto, aunque en varias ocasiones escuchó hablar de él; así que, cuando éste le solicitó el favor de ir en *avanzada* a su casa, imaginó que el susodicho había concluido antes de lo previsto un largo viaje, por extraños motivos. Eso sí, ni por mal pensamiento se le ocurrió imaginar que aquel que lo envió como emisario, y que sólo tardaría unos minutos más en llegar, fuese un muerto, mejor dicho el fantasma de un muerto o... ¿un ánima en pena? Pero, ¿en pena el alma de alguien que en vida había sido casi un santo?

La situación se vislumbraba muy absurda. La coherencia simplemente no aplicaba en todo este asunto. No quedaba más que esperar. O, ¿por qué no?, acudir a su encuentro. Así se podría impugnar la versión del enviado.

Debido a la tardanza del que “habría de llegar”, pero más convencidos de que no podía ser cierto todo este embuste, decidieron por unanimidad ir al panteón. Bernabé Vázquez, aun cuando más lívido y desenchajado que nunca antes en su vida y sin poder articular palabra, ante la solicitud impositiva, acompañaría a la familia. Lo asumía en esos momentos sólo por salir de la pena que le embargaba y por exorcizar de su alma al

demonio que sentía metido después del encuentro de esa madrugada con un muerto tan querido por tanta gente. Ahora ya lo sabía y de algo estaba seguro: debían encontrar a Margarito Rocha o él se dejaba de llamar Bernabé Vázquez. (O, más bien, se moría de la impresión.) E insistía para sí sobre las razones del porqué le estaba sucediendo esto, si él ni tenía, ni quería tener, nada que ver en este asunto. Si sólo se había ofrecido, con muy buena intención, a cumplir un “favor”.

Antes de salir de la casa, uno de los hijos del finado le ofreció dinero si dejaba de insistir en ese agravio a la memoria de su padre. “Que, al fin y al cabo, era a lo que había ido, a conseguir dinero, pero no era necesario hacerlo de ese modo tan burlón y despiadado con el que se presentó.” Otro más le retó a que le diera las características físicas de su papá para demostrar la veracidad del encuentro, lo cual Bernabé realizó sin ninguna falla, como si de verdad lo conociera, y además describió el traje que llevaba puesto, por cierto muy elegante, el mismo con el que había sido sepultado. “¿De dónde diantre se habrá enterado éste de todo?” Y la sola mención del diablo daba a Bernabé más motivos para sentir que el alma se le salía del cuerpo.

La viuda de Rocha fue quien puso fin a esas discusiones inútiles al determinar que en ese preciso momento irían en búsqueda del “aparecido”, fuera quien fuera, para salir de toda duda. No sin antes insistir en la consigna de que, si resultaban mentiras los presuntos mensajes, mandarían a la cárcel a Bernabé con cadena perpetúa, además de solicitar, por supuesto, su inmediata excomuniación. —Valdría más, si con eso no se juega, quién es usted pa’ malquistarse con mi difunto esposo. No lo deja ni descansar en paz.

En un auto para cinco personas subieron ocho, quienes siguieron el camino al camposanto para ver si encontraban a “alguien”; pero antes visitaron la casa de Bernabé, lugar donde una hora antes se había dado el multicitado encuentro. La viuda y los hijos comprobaron que ése era su domicilio y notaron a su familia extrañada porque Bernabé se había salido sin avisar a dónde ni por qué. Pero de don Margarito nadie sabía nada, lo cual incrementó los malos presentimientos que ya de por sí tenían en contra del presunto mensajero. Prosiguieron su camino, y mientras más se acercaban al cementerio más acuciante se tornaba el miedo de todas estas personas, quienes ya no creían ni tantito en lo que estaban haciendo. Pero como también se volvía más apremiante la desconfianza que para ese entonces ya reflejaban hacia Bernabé, lo único que los movía en esos momentos era el deseo de vengar aquel escarnio. Además, no se habían desmañado tanto para nada.

Bernabé Vázquez, por el contrario, al borde de un infarto, se encontraba a punto de gritar y de echarse a correr sin dirección si no

fuera porque dos de los hijos del difunto lo tenían bien sostenido, uno de cada brazo, para evitar que escapara. Efectivamente, deseaba huir, pero de esa maldición en la que ahora se hallaba, de ese mundo de muerte que, sin haberlo pedido, lo apresaba y le resultaba inexplicable, pues minutos antes del encuentro, mientras barría, se había sentido más vivo que nunca, y ahora, conforme caminaban hacia esa fúnebre entrada, sentía aproximarse a una especie de preámbulo de la muerte. De su propia muerte, acompañado por los deudos de quien, seguramente, había sido el heraldo de Dios... ¿o del diablo?... Pero, si así era, ¿para qué los quería a ellos? Con que aquél, ángel o demonio, se lo hubiera llevado sin haber provocado tantos trances ni hacerse valer por otros para lograr su viaje al más allá hubiese sido suficiente.

¿Por qué no fue así?, ¿qué le esperaba en el panteón? “¿No se conforma Diosito con una muerte nada más?, ¿por qué también me quiere a mí?” Su subconsciente se esforzaba de manera sobrenatural por encontrar las respuestas. Bernabé Vázquez no deseaba morir, aunque esa madrugada conforme aclaraba el día extinguía sus recuerdos, todo lo que antes le llenara de vida.

Por todo eso y más, no podía ser cierto. Pero ya habían llegado ante el umbral del camposanto y no quedaba tiempo ni lugar para arrepentimientos. Debido a la temprana hora, el velador, o *muertero*, como le decían por mal apodo, no acudió a sus llamados. Sin embargo, se percataron de que el enorme cancel estaba abierto, no tenía candados, y esto podía significar sólo dos cosas: que no cerraron desde la noche anterior o que alguien ya había abierto, aun cuando todavía era muy temprano. Pero si abrieron, ¿fue para entrar o para salir? Cualquier especulación, no obstante, sólo indicaba que algo o alguien ya los estaba esperando, pues nada ni nadie les impedía caminar por aquellos arbolados pasillos a media penumbra, aún bañados por una niebla tan baja que, envueltos por un filoso silencio, provocaban que sus propias sombras fuesen otros terroríficos participantes de lo que estaba por acontecer; propiciando además que el frío se dejara sentir con mayor intensidad y que el pánico se incrementara desmedidamente en todos ellos conforme se acercaban al mausoleo familiar. Contrario a la realidad, en vez de amanecer parecía que anochecía nuevamente.

Bernabé Vázquez era sostenido ahora materialmente por los dos hermanos Rocha, quienes no lo soltaban más por temor a que se desmayara o a que se les muriera ahí mismo. Era tal su estado de ingravidez y tan a punto estaba de desvanecerse que ya nadie esperaba que se diera a la fuga. No podía dar paso o hablar por sus propias fuerzas.

Después de ese recorrido tan penoso a través del panteón, finalmente llegaron ante el mausoleo sin dar crédito a lo que veían sus ojos. ¡Qué

horror! ¡No podía ser verdad! La puerta con el candado forzado estaba abierta de par en par. Las veladoras que dejaron encendidas para que con su luz permaneciera la presencia de Dios en el lugar fueron apagadas casi sin consumir, y las coronas de flores que quedaron como adorno de las escaleras que conducen a las criptas estaban tan destruidas y regadas que prácticamente impedían bajar hasta la cripta principal, donde deberían encontrarse los restos mortales de don Margarito Rocha y de algunos de sus antepasados.

Abriéndose paso entre esa valla de flores, hojas y palos deshechos, los dos hermanos con Bernabé Vázquez lograron llegar hasta la tumba. Fue, entonces, cuando éste verdaderamente se sintió desfallecer y por unos instantes perdió el conocimiento; pero el mismo horror, que impulsaba a marchas galopantes su corazón, le hizo volver en sí mismo casi inmediatamente. Esperando lo peor, tanto para su persona como para su alma (la que de ahí en adelante nunca volvería a encontrar paz alguna), sintió cómo la envoltura de las sombras se le metía hasta la médula de los huesos. Le relumbraron los ojos de espanto y los dientes le castañeaban como un collar de huesos engarzados.

Los tabiques de la cripta de quien supuestamente había estado en ella hace unas cuantas horas habían sido prácticamente arrancados (se advertía por la manera tan desastrosa y el estado en el que se encontraban). No quedaba uno entero. El ataúd estaba completamente deshecho en el pasillo principal. Junto a la losa con el epitafio de don Margarito, yacía un hombre, que no era él, inerte con la mirada desorbitada y con una expresión de angustia y terror como si hubiera visto un muerto, o en todo caso un fantasma, y como si aún lo siguiera viendo. Uno de los que presenciaban la escena intentó infructuosamente cerrarle los desencajados ojos. Las dilatadas pupilas y los endurecidos párpados quedarían así por siempre, tan tétricos, hasta que se los comieran los gusanos; cosa que tendría que ser muy pronto porque a este sujeto —que no era Margarito Rocha— le tenían que dar sepultura, santa o no, muy pronto, antes de que comenzara a descomponerse. El mortecino color de su piel, casi transparente, daba cuenta de ello.

Completamente frío, tan frío como las paredes y losas de mármol donde se encontraba, este personaje apretaba en ambas manos algunas de las joyas que intentara robar, propiedad de quien ayer había sido sepultado y cuyo último deseo —inteligentemente discurrido— había sido ser enterrado con sus alhajas más preciadas, en ánimos de que en vida ya había heredado a sus seres queridos todas sus riquezas y propiedades, a fin de evitarles pleitos y directes posteriores a su muerte, y con ello mantener la unión familiar. ¡Increíble! El muertero se había percatado de ese detalle y planeó violar y desacralizar esa misma noche

la cripta para sustraer las joyas y, posteriormente, volver todo a su lugar. Al menos todo indicaba eso. Pero ahora ahí estaba tirado, bien muerto, porque en sus planes jamás consideró que con su muerte haría volver a la vida a Margarito Rocha, quien realmente no murió.

Cuando el muertero exhumó “los restos” del difunto para saquear la cripta, al momento de pretender embolsarse las joyas, don Margarito Rocha con un gran bostezo y estirándose cuan largo es despertó de una crisis cataleptica; momento terrorífico y funesto para el primero, con el cual tuvo suficiente para morir instantáneamente de un infarto debido a la enorme conmoción. No tuvo oportunidad alguna de lanzar un resuello ni de parpadear, y con toda seguridad mucho menos de arrepentirse de todos sus pecados.

— & —

Después de estos acontecimientos, Margarito Rocha en repetidas ocasiones afirmó que de haber vivido el muertero le hubiese perdonado y regalado sus joyas, y no le hubiera mandado a la cárcel, a pesar del delito y del sacrilegio cometidos. Pero, como sí se murió todito, fue a Bernabé Vázquez a quien ofreció aquellas riquezas en agradecimiento por sus servicios prestados. —Ni aunque volviera a estar condenado lo aceptaría; Dios me lo tomaría a mal después de que me devolvió la vida. Y no aceptó nada. Se fue a vivir con su familia muy lejos de ahí, sin que nadie supiera su paradero. “Total, me voy con mis querencias, lo demás no me importa”. Cuando se marchaba alcanzó a comentar con un vecino que más valdría vivir en la jodidez que cerca de cualquier fantasma que no lo dejaría tranquilo en toda su vida. (Nunca se le quitó de la cabeza que Margarito Rocha estaba bien muerto y más que muerto, y que vivía como ánima en pena para pagar quién sabe qué deudas.)

Mientras tanto, al continuar con vida Margarito Rocha, cada vez que discutía con doña Refugio, ésta para evitar problemas mayores le recriminaba diciéndole “cállate porque tú ya estás muerto”.

Finalmente, cuando don Margarito murió “de nueva cuenta”, a los 89 años, lo velaron toda una semana, hasta que por fin lo sepultaron; pero esta vez decidieron no hacerlo acompañar por riqueza alguna para no despertar de nuevo la codicia de los sepultureros y, con ello, no adelantar otras muertes. *ll*